

up
VANGUARD / PARAMOUNT

CLUB DE LECTURA

Tu hija te acusa. El país dicta sentencia.

LA
PALABRA
DE MI
HIJA
MANUEL GARCÍA

up
VANGUARD / PARAMOUNT

LA OBRA

En La palabra de mi hija, Manuel García construye un thriller psicológico y judicial que explora una de las preguntas más incómodas de nuestro tiempo:
¿qué ocurre cuando la verdad deja de importar y lo único que cuenta es quién la pronuncia?

La novela se inicia con un hecho devastador que sacude la vida de una familia y pone en marcha un proceso judicial marcado desde el primer momento por la exposición pública, la presión social y el juicio paralelo de la opinión pública. A partir de ahí, la historia se despliega como una investigación tensa en la que cada testimonio, cada silencio y cada palabra pronunciada ante un tribunal adquieren un peso decisivo. Lejos de limitarse a una reconstrucción de los hechos, La palabra de mi hija se adentra en los mecanismos psicológicos que condicionan nuestra percepción de la verdad: la fragilidad de la memoria, el poder del relato, la influencia de los medios y el impacto de las redes sociales como amplificadores del conflicto. El lector asiste así no solo a un juicio legal, sino a un juicio moral en el que resulta imposible permanecer neutral.

Con un ritmo contenido pero implacable, la novela obliga a cuestionar certezas aparentemente incuestionables:
¿es posible un juicio justo cuando la sentencia social ya ha sido dictada?
¿hasta qué punto una palabra puede convertirse en condena?
¿quién asume la responsabilidad cuando la verdad se fragmenta en versiones irreconciliables?

La palabra de mi hija no ofrece respuestas cómodas. Propone, en cambio, un espacio de reflexión incómodo y necesario sobre la justicia, la culpa y el poder devastador de la palabra cuando se convierte en arma.

EJES DE LECTURA

TRES EJES EN CONFLICTO

En La palabra de mi hija la narración se articula en torno a tres ejes que avanzan de forma paralela y se tensionan entre sí hasta volverse inseparables. La novela no propone una única lectura, sino un espacio de fricción constante entre estos planos.

LA JUSTICIA

El proceso legal frente a la verdad.

El eje judicial vertebra la novela y plantea una reflexión incómoda: el sistema de justicia no está diseñado para descubrir la verdad absoluta, sino para determinar responsabilidades a partir de pruebas, relatos y marcos legales.

A lo largo del proceso, el lector observa cómo los hechos son interpretados, filtrados y reconstruidos hasta convertirse en una versión jurídicamente válida, aunque no necesariamente verdadera.

Este eje invita a debatir sobre:

- Los límites reales de la justicia institucional.
- La diferencia entre verdad legal y verdad moral.
- El peso de la palabra frente a la evidencia objetiva.

LA PALABRA

El relato como arma.

La novela coloca la palabra en el centro del conflicto. No como simple vehículo de comunicación, sino como fuerza capaz de crear realidades.

Un testimonio puede salvar o destruir; una frase puede marcar un destino irreversible.

Aquí la palabra no es neutral. Está cargada de intención, de miedo, de poder y de consecuencias. El lector asiste a cómo los relatos se imponen unos sobre otros y cómo ciertas voces adquieren una autoridad incuestionable, mientras otras quedan silenciadas.

Este eje abre preguntas clave:

- ¿Toda palabra merece el mismo crédito?
- ¿Quién decide qué relato es legítimo?
- ¿Puede una palabra convertirse en condena sin posibilidad de defensa?

LA MIRADA SOCIAL

El juicio paralelo

El tercer eje es el de la sociedad observando, opinando y dictando sentencia. Medios de comunicación, redes sociales y opinión pública configuran un tribunal invisible pero implacable que actúa de forma simultánea al proceso judicial.

En este plano, la novela expone cómo la necesidad de posicionarse, opinar y señalar genera una dinámica de linchamiento simbólico en la que la presunción de inocencia deja de existir. La viralidad sustituye a la reflexión y la emoción desplaza al análisis.

Este eje plantea cuestiones esenciales:

- ¿Es posible un juicio justo bajo la presión social?
- ¿Qué responsabilidad tiene el espectador que opina?
- ¿Hasta qué punto participamos activamente en la condena ajena?

UNA NOVELA DE FRONTERAS DIFUSAS

Estos tres ejes no funcionan de forma aislada. Se contaminan, se contradicen y se refuerzan mutuamente, obligando al lector a moverse constantemente entre posiciones incómodas. La palabra de mi hija no permite una lectura pasiva: exige tomar postura, dudar de ella y volver a cuestionarla.

La novela se convierte así en un espejo incómodo del presente, donde justicia, palabra y opinión pública conviven en un equilibrio frágil y peligroso.

FRAGMENTOS

El patio era una marea de gritos y zapatillas que arrastraban polvo. El sol de las once caía oblicuo sobre las canchas y dibujaba sombras duras de porterías y columpios. Sostuve el silbato entre los dedos sin usarlo. No lo necesitaba. Con tercero de primaria bastaba con levantar una ceja y la fila se formaba como si de pronto la imaginación del recreo les diera vergüenza.

Ese día, sin embargo, noté una electricidad rara en el aire, un rumor que no venía de los niños, sino de los adultos. Dos madres se quedaron en la verja más de lo habitual. Una se cubrió los ojos con la mano a modo de visera, como si la luz fuera excusa para mirar más. La otra ya tenía el teléfono fuera. Lucía estaba pegada a la pared, la espalda contra los azulejos que siempre se quedaban fríos aunque el asfalto ardiera. Jugaba con un hilo del jersey y miraba a su alrededor como si esperara a alguien. Me acerqué con esa sonrisa automática que practicaba sin pensar, la que decía “soy tu madre y también soy tu tutora, pero ahora mismo soy ninguna de las dos, solo una mujer que pasa”.

Estiré la mano para apartarle un mechón de la cara.

—¿Todo bien?

Lucía asintió, un gesto corto. Sus pupilas parecían más claras cuando le daba el sol y ese brillo me engañó durante un segundo. Creí ver la niña de siempre. Luego distinguí en su expresión algo que no supe nombrar. No era miedo. Tampoco enfado. Era atención. Como si estuviera esperando una señal.

Me senté por fin. Saqué el teléfono otra vez, porque no sabía qué hacer con las manos si no. Entré en Instagram por reflejo y vi mi propia foto de hace dos días, en el Retiro, un banco, un libro que no recordaba haber disfrutado.

Alguien acababa de comentar: “Qué fuerte lo de hoy”. Otro: “Siempre supe que había algo raro en esa”. Bloquéé sin pensar. Me di cuenta de la estupidez del gesto en el mismo instante: un balazo en un mar.

Llamé a mi hermana. Contestó al segundo tono.

—Clara, ¿qué ha pasado?

Me llevé la mano a la frente. Cerré los ojos. No quería decirlo en voz alta. Decirlo era darle más forma.

—Han subido un vídeo de Lucía diciendo... —
tuve que detenerme para tragar—. Diciendo que yo maté a una mujer.

—Clara —dijo la trabajadora social—, por protocolo vamos a informar a servicios sociales y a la policía de menores. No significa nada en sí mismo. Es lo que hay que hacer.

—“Lo que hay que hacer” —repetí, más para mí que para ellas.

—Mientras tanto, te pido que no hables con tu hija sobre el contenido de lo que ha dicho. Ni para confrontarla ni para intentar que retire nada. Es importante.

Miré a Lucía. No supe si ese “importante” iba para mí o para las cámaras que ya no estaban, pero que yo sentía. Al grupo de WhatsApp donde alguien habría escrito ya mi nombre con dos apellidos. Al patio, a las madres que se pasarían el vídeo en los bancos, con el juicio colándose entre meriendas y extraescolares.

El audio se cortó. Marina apareció detrás de mí con la cara encendida por la pantalla del portátil. Me quitó el teléfono de la mano. Lo volvió a reproducir. No dijo nada. No había nada que decir que no fuera un grito.

Y dos segundos después, entró otro vídeo. No un directo. Un clip corto. El interior de un coche rojo. La cámara colocada baja. Dos manos, una de adulto y otra de niña, sobre la palanca de cambios. La del adulto la guía. La niña aprieta los labios hasta borrarlos. El adulto susurra:

—Elige. Coche o cocina.

El clip se apagó. Y a mí se me fue el suelo como si no hubiese estado nunca ahí.

El inspector me sujetó con la mirada. Daniel dio un paso hacia ella, suave, como si se acercara a una paloma. Le extendió la mano. Lucía no la cogió de inmediato. Me miró. Hubo un temblor en su labio inferior que reconocí de cuando era bebé y se resistía al sueño. Después, levantó la barbilla con una determinación ajena. Entonces sí, puso su mano en la de su padre.

—Nos vemos luego —dije, sin saber a quién se lo decía.

—Luego —repitió Lucía, y el eco de esa palabra me sonó a cuarto vacío.

Me apoyé en la pared y me dejé resbalar hasta quedarme medio sentada en el suelo, por primera vez en años en un lugar que no era mío. Abrí la mano. Tenía las uñas marcadas en la palma, como si hubiera intentado agarrar algo que se deshacía. Saqué el móvil. Doce notificaciones. Un grupo de padres, un audio de mi hermana, dos mensajes de números desconocidos. Abrí uno sin pensar.

Era un tuit. Alguien había subido el vídeo con un texto: “En colegio de Madrid, niña acusa a su madre de asesinato. ¿Qué opináis?”.

Cincuenta retuits. Ciento treinta y siete “me gusta”. Un comentario que decía “que la detengan ya”. Otro: “pobrecita, ojalá se la alejen”. No había palabra en el idioma que nombrara lo que sentí. Era un miedo con textura. Un miedo con dientes.

El juez asintió con una gravedad nueva, la de los hombres que recuerdan que también fueron hijos. Afuera, pese a las órdenes, la ciudad decidió decir la suya. Por debajo de la madera se oyó un murmullo claro, no de plaza, de pasillo. Alguien enseñaba su móvil a otro como quien enseña un animal exótico. El ujier pidió silencio al pasillo y el pasillo obedeció medio segundo.

Me llamaron otra vez. Subí al estrado con las piernas que ya me había comprado a plazos. El fiscal me preguntó lo justo para justificar su sueldo. Respondí sin regalo. “No.” “No apagué a nadie.” “No arrastré bolsas con nadie.” “No fui.” “No lo hice.” Marina no me tocó. No hizo falta.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1.- A partir de la premisa de la novela, ¿qué te resulta más inquietante: la acusación en sí o la rapidez con la que se acepta?

2.- El título, La palabra de mi hija, sitúa el lenguaje en el centro del conflicto.
¿Qué poder crees que tiene una palabra cuando quien la pronuncia es un menor?

3.- ¿Crees que la verdad depende de los hechos o de quién los cuenta?

4.- En una situación límite, ¿es posible escuchar sin juzgar o el juicio es inevitable?

5.- ¿Hasta qué punto la condición de madre condiciona la forma en que percibimos a la protagonista?

6.- ¿Qué peso debería tener la presunción de inocencia cuando la acusación provoca una fuerte reacción emocional?

7.- La novela plantea un conflicto entre justicia legal y juicio social.
¿Crees que hoy ambas cosas pueden separarse?

8.- ¿Qué papel juega el espectador —quien mira, comenta o comparte— en una historia como esta?

9.- ¿Consideras que la duda es una forma de responsabilidad o de traición?

10.- ¿Puede una acusación ser sincera y, aun así, no ser completamente verdadera?

11.- ¿En qué momento una historia deja de pertenecer a quienes la viven y pasa a ser “de todos”?

12.- ¿Crees que el sistema está diseñado para proteger a las personas o para protegerse a sí mismo?

13.- ¿Qué resulta más peligroso: el silencio o la exposición?

14.- Si solo tuvieras una versión de los hechos, ¿confiarías en ella?
¿Qué necesitarías para empezar a dudar?

15.- ¿Hasta qué punto somos conscientes del daño que puede causar una opinión expresada públicamente?

16.- ¿La novela invita al lector a posicionarse o a cuestionar la necesidad de hacerlo?

17.- ¿Crees que existen verdades que no deberían decirse en público?
¿Por qué?

18.- ¿Qué responsabilidad tenemos como sociedad cuando convertimos una historia privada en un espectáculo?

19.- ¿Es posible reparar el daño una vez que una palabra ha sido pronunciada?

20.- Tras conocer el planteamiento de la novela, ¿qué crees que pesa más en nuestra forma de juzgar: los hechos, las emociones o el relato?

EL AUTOR



MANUEL GARCÍA, es autor, emprendedor cultural y creador del Método Jamzia, un sistema de transformación personal orientado a la reprogramación de la mente, la optimización del tiempo y la toma de decisiones consciente.

Su obra combina pensamiento estratégico, exploración psicológica y reflexión sobre los mecanismos que gobiernan la percepción, el comportamiento y la narrativa personal en la sociedad contemporánea. García ha desarrollado proyectos, talleres y metodologías aplicadas de transformación y desempeño humano que han resonado con un público amplio de emprendedores, pensadores y creadores.

En 2025 publicó *Hackea tu Vida: Reprograma tu mente con el Método Jamzia*, un libro que propone herramientas prácticas para romper creencias limitantes, optimizar energía y diseñar una realidad propia bajo términos conscientes.

Además de su labor literaria, García produce contenidos y programas que exploran la intersección entre psicología, lenguaje, cultura digital y estrategia personal, y ha sido invitado a compartir su enfoque en formatos de podcast y workshops orientados a la transformación activa.

Con *La palabra de mi hija*, García expande su ámbito narrativo hacia la ficción literaria, aplicando su mirada crítica sobre la verdad, el juicio social y la construcción del relato en la era digital, consolidándose como una voz que desafía las lecturas complacientes y propone interrogantes profundos sobre la condición humana contemporánea.